SYNCHRO

EL FIN DEL MUNDO DE LAS DROGAS

JMS GUITIÁN

1. HUMANO

Del latín «humus», que significa tierra, con el sufijo «anus», que indica procedencia de algo.
El que proviene de la tierra.

Se llevó el dedo pulgar de la mano izquierda a los labios y mordió la uña, pero sin arrancarla, como un roedor que prueba la dureza de una nuez verde y la abandona; luego se mesó el cabello claro y lacio, y se tiró del lóbulo de su oreja. Todo un conjunto de tics nerviosos que repetía una y otra vez delante de sus dos pantallas de quince pulgadas mientras trabajaba, o cuando se quedaba quieto comprobando los detalles. Eran tres desórdenes nerviosos seguidos con los que el cuerpo se movía repetidamente, rápido y sin control. Morderse las uñas, tocarse el pelo y tirarse de la oreja, algo normal por separado, pero tres tics que juntos se habían convertido en un rasgo de su ser. Este desorden transitorio nervioso afectaba a Julián desde hacía por lo menos dos años, pero ahora se le estaba acentuando. Él apenas se daba cuenta y lo achacaba al estrés cuando se lo comentaba Anthony, su compañero, quien había calculado que la repetición de ese bucle espasmódico alcanzaba ya las cien veces al día.

Apenas faltaba una hora para la prueba y Julián Konks continuaba mirando algunas líneas del código fuente que sería utilizado más tarde. El joven estaba delante de las pantallas de su ordenador trabajando, ahora solo, en una pequeña oficina destartalada y oscura. Cuando tecleaba alguna modificación en forma de letras, números o signos en la pantalla de la izquierda, en la pantalla de la derecha una imagen de

su cara, una infografía de su rostro, iba cambiando de expresión. La manifestación de un estado emocional en aquella faz se alteraba influida por unas líneas de texto. Aquella representación gráfica de sí mismo reaccionaba ante los cambios del código programado; desde la desesperación a la risa, pasando por la tristeza, el miedo y la alegría. Julián se pasó la lengua por los labios y miró la puerta en la que colgaba un póster de Rosalía en concierto. Estaba esperando la llegada de Anthony, su socio y amigo.

Anthony Somoza salió de Starbucks con dos vasos sellados por sendas tapitas blancas de plástico que depositó en la cesta delantera de una bicicleta llena de adhesivos. Recorrió las transitadas calles de la ciudad a la hora de salida del trabajo mientras los destellos de un sol amarillento, de atardecer, prolongaban las sombras a su costado sobre el deteriorado pavimento. Montaba evitando las calles de tráfico denso marcado por la hora punta y tomó un callejón para acortar la distancia de media milla que le separaba de su lugar de trabajo.

En una esquina, tras una verja oxidada, ocultos, dos hombres demacrados compartían una jeringuilla de heroína y no levantaron la cabeza cuando el ciclista pasó a pocos metros de ellos. Ni se molestaron en ocultarse; uno procedió a inyectarse el líquido en una piel blanquecina llena de callosidades.

Salió el joven ciclista de la callejuela de acceso a los garajes a una vía principal; en la acera, una mujer vestida con una chaqueta negra cruzada se apoyaba sobre la ventanilla de un vehículo blanco mientras un individuo le entregaba una papelina de cocaína y ella le daba unos billetes de peso mil veces usados.

Anthony continuó su recorrido en bici hasta llegar a la puerta de un edificio de oficinas de aspecto descuidado. Entró con su ciclo cuando una pareja de colorida vestimenta salía del edificio y la chica le enseñaba con disimulo a su pa-

reja un sobrecito de plástico que este reconoció como cristal (metanfetamina) y sonrió. Anthony sujetó su bicicleta a una columna y la aseguró con una gran cadena y un candado de grandes dimensiones.

Julián repitió sus tics, se incorporó y miró el reloj que había en la pared, un viejo reloj publicitario con el logo de Bananas Tech. Había sentido ganas de orinar hacía un buen rato pero había contenido el impulso una y otra vez; no tenía tiempo que perder. Ahora no tenía más remedio que ir. Los servicios de la planta estaban puerta con puerta con el despacho que ocupaban. Entró en el blanquecino y agriamente oloroso lugar regado por una luz de largos tubos fluorescentes; a simple vista no había nadie. Se acomodó en el tercer urinario, se bajó la cremallera y comenzó su micción. A su espalda, en uno de los baños compartimentados escuchó unos ruidos y unas risas de mujer; Julián respondió arqueando las cejas y volviendo la cabeza por encima del hombro. Ahí había una pareja ocultando su pasión.

Escuchó un pequeño gemido de mujer y Julián, con ganas de abandonar el lugar, se dirigió al lavabo para enjuagarse las manos.

¡Clamck!

Un ruido metálico golpeó el suelo y paralizó la estancia. Solo el sonido del agua del grifo permaneció dándole continuidad al momento. Julián dirigió su mirada al suelo de baldosas grandes.

Una pistola había cruzado levemente el umbral de la puerta desde donde unos instantes antes salían las risitas y los murmullos escondidos. Julián cerró el grifo mirando el arma, al tiempo que un zapato deportivo azul de hombre asomaba bajo la puerta y arrastraba con la punta el hierro hacia el interior de la pequeña estancia. Julián salió del lugar negando con la cabeza y regresó a su habitáculo secando sus mojadas manos en sus pantalones tejanos.

Anthony recorría los pasillos de la planta baja llenos de papeles y viejos archivadores con los dos vasos de café en las manos. En su camino se cruzó con dos jóvenes que platicaban apoyados en la pared con unas latas de Pepsi.

–Nos vemos ahorita –les recordó Anthony.

–Cuenta con ello, estamos deseando que nos pongas a prueba –dijo uno y levantó el pulgar.

Anthony entró a la carrera con los dos vasos grandes de Starbucks sellados con las tapas de plástico blancas.

–Tu *caramel macchiato latte*.

Se lo dejó a Julián en la pequeña mesa supletoria, casi arrojándolo sobre una libreta abierta, y se abalanzó sobre su silla roja a la que le faltaba el apoyabrazos derecho; Anthony se lo había quitado para que su extremidad superior colgara e intentar tocar con los dedos la base de ruedas de la silla. Dieciséis horas al día metiendo códigos tienen sus consecuencias en la adquisición de manías y los programadores están llenos de ellas.

–Toma; por culpa de tu puto *caramel macchiato latte* he perdido casi veinte minutos... Estaba hasta arriba de gente; son las siete de la tarde y no te puedes imaginar la cantidad de adictos a esta chingada que estábamos haciendo cola como putos zombis.

–Así son los vicios, güey –Julián repitió su ristra de tics; primero el intento de mordedura de la uña del pulgar, luego deslizó su mano enterrando sus dedos abiertos en el cabello y por último se tiró del lóbulo de la oreja. Miró a Anthony, que estaba colocando su huella dactilar para activar el ordenador y sonrió–. Cuando estás enganchado a algo es lo que tiene... pura droga este caramelo... Por cierto, hace unos instantes en el baño había una pareja cogiendo a la madre.

–No mames...

–Si vas ahora todavía los atrapas en acción, chinga su madre, que sé que eres muy guarro y que te gustan esas co-

sas –dijo Julián, que agarró el vaso, quitó la tapa y le dio un trago que saboreó restregándose la lengua por los labios; luego lo abandonó sobre la mesa hasta olvidarlo.

Anthony miró a Julián con una sonrisa.

–Estos están aquí en cincuenta y cinco minutos; los he visto en el pasillo esperando y Carlo está a punto de entrar por esa puerta –Anthony ni miró el reloj de la pantalla y activó la conexión–. ¿Lo tienes claro? ¿Crees que es la persona adecuada para esto?

–¿Adecuada? No existe nadie totalmente adecuado para esto. Ni nosotros somos adecuados para esto, pero cuando llegue el momento... lo seremos –repitió la serie de tics con la mirada en las pantallas del ordenador–. En cinco minutos cerramos el programa e imprimimos los chips –seguía observando las líneas de código sin inmutarse y prosiguió–. Chap-in es un lenguaje con muchas posibilidades, pero le falta una buena sintaxis para la conexión con los sensores externos.

Anthony asintió y dijo:

–Tendremos que rehacer los enlaces... No ahora, no mames, pero al colgarlo en la *cloud* los tendremos que rehacer seguro.

Julián puso en marcha la impresora de chips en la que habían invertido todo el dinero que les había prestado su padre, Sebastián Konks. Los Konks eran descendientes de una familia de banqueros de origen judío que habían huido de Alemania antes de la guerra y habían encontrado una nueva vida en México, siempre lugar de acogida. El préstamo había sido de cerca de dos millones de pesos, hacía ya un año, con la promesa incierta de devolvérselos algún día. Menos mal, pensó Julián; ese dinero les había llegado para vivir sin comodidades, para pagar el alquiler de ese lugar y para adquirir la magnífica impresora biotecnológica HP-Bio 11.

Se levantó como un resorte. Anthony Somoza había nacido en Sonora; sus padres eran trabajadores agrícolas en la

recogida de lechugas y en la vendimia. Anthony había sido el único de cinco hermanos que había dedicado su tiempo al estudio; los demás seguían trabajando la tierra en las diferentes partes del proceso desde la recolección, el envasado, el almacenaje y la distribución.

Cuando Anthony llegó con Julián a Ciudad de México al término de los cuatro años de universidad, los padres de este les cedieron el espacio situado encima de su garaje para que vivieran y les prestaron dinero para que desarrollaran sus ideas, con la única condición de que se mantuvieran alejados de la casa y de la familia. Los Konks no querían a su hijo friki y a su amigo, «el oscuro», como se referían a Anthony cuando él no estaba presente; su tono de piel y su cabello oscuro les provocaba esa mirada superflua y racista del desprecio a lo diferente. Ambos habían aceptado las condiciones de aquel pacto y apenas se habían cruzado con los padres de Julián un par de veces durante aquel tiempo.

Los dos socios habían concentrado todo su esfuerzo en la consecución de la idea que hoy iban a presentar.

Anthony aguardaba de pie con los dedos entrelazados en la nuca a que la impresora 3D hiciera su trabajo.

–Si el programa no funciona cuéntaselo a los de DARPA, que llevan gastados en este puto lenguaje más de cincuenta millones de dólares.

Anthony sabía que Chap-in era una evolución del Chapel que la Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados de Defensa (DARPA) había puesto en marcha hacía más de veinte años para la obtención de un lenguaje de alto rendimiento y la ejecución de algoritmos para súper-ordenadores, aunque ellos estaban manejando la versión *cloud* de Unix con licencia de BSD. Su sintaxis tenía las bases de los lenguajes clásicos C, C++ y Java; también tomaba conceptos de programación científica como Fortran y Matlab, pero su ma-

yor atributo se relacionaba con el procesamiento en paralelo, que venía dado por programas como ZPL.

Julián y Anthony se habían conocido hacía cuatro años en la clase de computación avanzada del profesor Hass en Berkeley. Se habían hecho íntimos amigos después de compartir muchas horas de soledad delante de las pantallas, silencios interrumpidos por el ruido de las teclas y algún exabrupto exasperado cuando las cosas no salían como estaban previstas. Aquel era un habitáculo donde apenas se intercambiaban frases, chascarrillos, palabras malsonantes o algún chiste sin sentido para los que no están en ese mundo tan poco humano de los programadores. A Anthony le gustaba repetir aquel del ascensor que se abre y hay un programador en su interior y le preguntan: «¿sube o baja?», a lo que el programador responde: «Sí». Siempre se reían ante la misma chingada.

Ambos tenían veinticuatro años, ambos habían nacido en el mes de abril; uno cumplía el catorce y el otro el veinte, Aries. Habían utilizado el símbolo del carnero, la del signo zodiacal, como imagen de su empresa: Synchro.

Julián esperó a que los datos se cargaran y seleccionó la impresora, y sin pensárselo apretó el botón «ejecutar» para imprimir las bolitas negras programadas. Durante unos segundos se transmitieron los archivos; a continuación, se activó la máquina. Anthony continuaba haciendo guardia frente a la bio-impresora 3D que ya emitía luces verdes intermitentes.

–¿Cuántas? –preguntó Anthony Somoza.

–Cinco, creo que cinco son suficientes –respondió Julián repitiendo sus tics. Estiró las piernas y se puso de pie–. Esto ya está.

–¿Y Carlo?

–Debe estar a punto de llegar; le dije a las siete y media. Prefiero que en el centro haya poca gente. El revuelo no nos viene bien.

–Todo el mundo habla.

Julián se acercó a la ventana que daba a un patio interior. Sin duda, pensó, aquel era el peor de los despachos de Mex-Tec; también había sido el más barato que encontraron. Aquellos veinte metros cuadrados costaban cerca de trece mil pesos al mes, y porque le habían caído bien al encargado del centro y nadie quería aquel agujero, más propio de un almacén que de una empresa tecnológica.

–Anthony, tengo una profecía que hacer.

–Dime, Nostradamus; por ahora has acertado con todas tus chingues profecías.

Julián seguía mirando al patio interior.

–Algún día Synchro nos hará muy ricos y habrá mucha gente que nos intentará separar; divide y vencerás, recuerda.

–Técnicamente hablando son dos profecías, la de que vamos a ser ricos y la de que van a intentar separarnos –Anthony seguía mirando la impresora.

Un hombre completamente calvo y una joven y atractiva rubia se recomponían delante del espejo después de su escarceo en los servicios de caballeros de la planta.

–¿Cuándo me vas a decir algo del inversor? –preguntó ella.

–Pronto, dame un par de semanas más –él sacó el arma de su funda y la revisó.

–Un día esa mierda te va a dar un disgusto.

–Esta mierda no está cargada, pero es muy disuasoria.

Un joven con camiseta blanca entró en el servicio, se paró sorprendido en la puerta, vio a la pareja, pero lo que atrajo su atención fue el arma que el hombre calvo tenía en la mano. Dio media vuelta y se fue.

–Lo ves, es muy disuasoria –dijo el hombre de zapatos deportivos azules mirándose al espejo.

Ella sacó del bolso una papelina de cocaína, echó un poco sobre una plaquita de metal y con la ayuda de un tubito del mismo material hizo dos rayas blancas.

El hombre se enfundó el arma en la cartuchera de la cintura.

–Ahora tengo la presentación de los dos frikis de Synchro aquí –el hombre señaló con la barbilla al frente y posó frente al espejo con una sonrisa irónica.

–La gente del edificio comenta que es padrísimo.

–Todo el mundo cree que lo que hace es lo mejor del mundo.

–No sé, pero la gente platica –dijo la joven rubia. Se agachó y esnifó su raya de cocaína.

–Mi querida Ana, el mundo del dinero solo quiere dinero; las buenas ideas importan una mierda –el hombre acercó su rostro al lavabo y tomó el tubito metálico, se lo introdujo en la nariz y aspiró con fuerza siguiendo la línea de polvo.

Cuando salieron al pasillo cada uno se fue por su lado, sin saludos, ni besos, sin despedidas. El hombre se quedó mirando el culo de la joven cuando se estaba alejando. Ella no se volvió.